

Cultura marítima e imaginario insular en la construcción histórica de la identidad de las islas de la Macaronesia

Maritime culture and insular imaginary in the historical construction of the identity of the islands of Macaronesia

JAVIER LUIS ÁLVAREZ SANTOS

Universidade Nova de Lisboa, CHAM-Centro de Humanidades, Faculdade de Ciências Sociais e Humana

jasantos@fcsh.unl.pt

<https://orcid.org/0000-0002-7845-6521>

Texto recebido em / Text submitted on: 03/07/2020

Texto aprovado em / Text approved on: 31/08/2021

Resumen. A lo largo de los siglos, se había establecido un mito alrededor de las islas Macaronesia.

Con el paso del tiempo, esta construcción se ha adaptado a los diferentes paradigmas e hipótesis sobre el origen del mundo insular del Atlántico. Esta investigación se centra en el análisis de la percepción mítica e histórica que entre los isleños constituye su imaginario insular y atlántico con el objetivo de comprender el significado peculiar de la composición de la sociedad macaronésica moderna a partir de la propia experiencia adquirida. Este estudio examina el paradigma de la conceptualización del espacio con el objetivo de proponer un método de observación supranacional de las islas. Por tanto, la investigación aborda diferentes historias con el propósito de enfocar el análisis desde distintos niveles que conducen a un estudio integral de la cultura marítima de las islas de Macaronesia.

Palabras clave. Islas de la Macaronesia, sociedad, imaginario, insular, origen.

Abstract. Throughout the centuries, a myth had been established around the Macaronesian islands. With the passage of time, this construction has adapted to the different paradigms and hypotheses about the origin of the island world of the Atlantic. This research is focused on the analysis of mythical and historical perception which among the islanders constitute their insular and Atlantic imaginary with the goal of understanding the peculiar significance of the composition of modern Macaronesian society from the experience acquired by the islanders. This study examines the paradigm of space conceptualization with the aim of proposing a method of supranational observation of the islands. Hence, the research approach different stories with the purpose of focusing the analyse from distinct levels that leads to an integral study of the maritime culture of the islands of Macaronesia.

Keywords. Macaronesian islands, society, imaginary, islander, origin.

Introducción

Aflora en el ser humano el interés por descubrir y sobrepasar nuevas fronteras. La expansión del cosmos y del espacio geográfico conocido ha sido una firme inquietud a lo largo de los siglos; se trata de una constante y tenaz lucha entre el mito y la realidad, construyendo y derribando nuevas fronteras según

se avanzaba en el conocimiento y en las ansias – también por la necesidad – del ser humano.

Para el caso de las islas de la Macaronesia (Azores, Madeira, Canarias y Cabo Verde) nos referiremos al mito clásico de la Atlántida – cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos –, el cual ha permanecido en el imaginario insular hasta nuestros días. La sociedad isleña, condicionada por el mito, ha construido una consciencia colectiva en la que los hechos del relato, aunque insólitos, se convierten en verosímiles y, por tanto, estas leyendas forman parte indiscutible del saber y la tradición de la comunidad. Esta visión de un mundo insular mítico y alejado, según se avance en la expansión de los europeos sobre las costas africanas y el océano, se irá materializando y se percibirá como un espacio más cercano, hasta convertir a las islas en un entorno cotidiano y hasta mundano.

Como señala Gillis (2004: 52), el universo insular era aún concebido en el siglo XV como un espacio heterogéneo y no uniforme, fluido en lugar de fijo. Sin embargo, desde las postrimerías de la Edad Media, estos peñascos en el Atlántico fueron engullidos por la civilización europea e integrados seguidamente al imaginario colectivo de los europeos – tanto los que se tornan insulares como los distantes continentales – como tierra conquistada, una paradisíaca *ínsula*, *ancestro* de una sumergida Atlántida, ahora nuevamente civilizada por nuevos colonos, cristianos y devotos, que sueñan con encontrar la sociedad utópica, tal y como imagina Tomás Moro, que les precedió.

Así los extraños se vuelven isleños al asumir parte de la conciencia colectiva insular, conforman la génesis de las Islas y de sus habitantes sobre los pilares de la insularidad, maritimidad y el consecuente imaginario insular. La Isla se contrapone al Continente, como el bien al mal, y los miembros de la sociedad que se conforma en esta tierra insular son, en definitiva, los dignos descendientes de aquéllos que un día fueron expulsados del paraíso y a los que, por fin, se les ha permitido regresar. Las islas, durante la Modernidad, finalmente se concretizan en la cartografía universal y se convierten en espacios tangibles para los viajeros, marineros y colonos. Sin embargo, no dejan de ser aún un territorio insólito y aislado, aún indómito y por explotar; apenas civilizado y carente de *auctoritas*. Se trata de una región que atrae a la codicia y a forasteros deseosos de encontrar las más grandes riquezas imaginadas. Gobernar la *ínsula*, es poseer la fortuna. Aún en nuestro período de estudio, la Isla, aunque real, mantiene el mito y la atracción para gentes de todas partes; es tierra de buenaventura, como la *ínsula* que se le antoja a Sancho en pleno Siglo de Oro.

1. La isla: una evidencia empírica donde la percepción imaginada coexiste

La isla, como espacio en el que convive la evidencia empírica y el axioma imaginado, siendo ambas percepciones reales, mantiene la verosimilitud circunstancial de los hechos fantásticos yuxtaponiéndose a la experiencia cotidiana en total armonía. Aún con la solidez del empleo del método en la ciencia moderna y la capacidad de análisis, autores como Babcock (1922) procuraban a comienzos del siglo XX explicaciones sobre la génesis de la sociedad insular y la construcción del imaginario insular a partir de la experiencia, tanto de la evidencia tangible como de la tradición cognitiva de la comunidad. En su obra *Legendary islands of the Atlantic*, se plantea la hipótesis de que las islas de la Macaronesia sean los vestigios más antiguos de la desaparecida Atlántida, evidenciada desde la percepción sensitiva y material y abordada desde el empleo del método científico-deductivo:

Such advance in civilization, such elaboration of organization, such splendor and power would certainly have overflowed abundantly on the islands intervening between Atlantis and the continental shore. It is not written that these all shared the same fate; and in point of fact the Azores, Madeira and her consorts, the Canary Islands, and the Cape Verde group are still in evidence. Some of them must have been within reach of fairly easy Atlantis if Atlantis existed. There is no indication that they have been newly created or have come up from below since that time. Even allowing for great exaggeration and assuming only a large and efficient population in a vast insular territory without the ascribed of such a would superfluity magnificence, people surely have left some kind of lasting memorial or relic beyond their own borders (BABCOCK 1922: 19).

Se aproxima al mito con cierta racionalidad, procurando una explicación en cuanto a su origen a partir de algunas evidencias que han resistido al paso del tiempo. Luego, la relevancia de este texto se encuentra en que, aunque el autor se cuestiona la fábula legendaria, no duda acerca de la autenticidad de la Atlántida como territorio que un día existió. Por tanto, desestima como argumento principal de su análisis a las voces clásicas que daban a los relatos míticos cierta verosimilitud. Sin embargo, sustenta el mito a través de fundamentos científicos modernos propios de una época marcadamente racionalista – no olvidemos que precede a su estudio un siglo de grandes expediciones científicas, como las del *Beagle* por diversas islas –, con grandes avances en los estudios geológicos y biológicos. El alcance de su método analítico es el elemento que

legítima la existencia de la Atlántida, no por la autoridad que se les presupone a los textos antiguos sino por las herramientas deductivas que aporta la ciencia (MARTÍNEZ HERNÁNDEZ 2006: 59). No obstante, a pesar del uso de la disciplina y del rigor que se le presupone al uso del método científico, su disertación aún esconde la intencionalidad – no tan inocente – del autor para mantener con viveza el mito con argumentos regenerativos del cosmos insular, sustentado ahora por los principios de la ciencia.

Cabe en este punto señalar que, a lo largo de los siglos, incluso antes de que fueran agregadas las islas de la Macaronesia al conocimiento europeo, se venía configurando en la conciencia de las gentes del Mediterráneo un mito alrededor de unos territorios insulares (AZNAR VALLEJO 2007: 175). Con el paso del tiempo, esta construcción – y la isla sobre la que se asienta – se ha ido amoldando a los distintos paradigmas e hipótesis sobre el origen del mundo insular atlántico. Sin contravenir viejos argumentos y al devenir de la ciencia, las ínsulas han mantenido su carácter de espacio mitificado. Se produce, entonces, una coligación entre lo posible y lo real, la ortodoxia y la ciencia, entre la experiencia y lo evidente.

No hay contradicción aparente en esta percepción dual porque el mito cohabita con la cotidianidad, la tradición y la costumbre que entre los isleños conforma su imaginario. Un imaginario insular y atlántico que, en palabras de García Ramos, constituye

una memoria colectiva compartida con otros pueblos vinculados al océano común; a una memoria colectiva habitada de mitos, de fábulas simbólicas donde nos reconocemos [...] de maneras de mirar al mundo y de descifrarlo, que ha generado modos cercanos de erigir fábulas, recreaciones de una realidad construida entre todos (2012: 15).

El antropólogo brasileño Antônio Carlos Diegues va más allá y define este simbolismo surgido de la insularidad con el término “ilheidade”, un neologismo utilizado “[...] para designar as representações simbólicas e imagens decorrentes da insularidade e que se expressam por mitos fundadores das sociedades insulares e lendas que explicam formas de conduta, comportamentos, etc” (1998: 41).

Este cosmos dual, real y simbólico, conforma una conciencia insular, un imaginario colectivo. Como señala el próprio Diegues,

não existe, no entanto, [...] desmitificação total no sentido da dessacralização da existência humana. Ao mesmo tempo em que uma estrutura simbólica se desagrega, ela se reconstitui numa nova simbolização, frequentemente incons-

ciente ou irracional, a partir de novos elementos elevados a uma dignidade e a uma eficácia análogas a dos mitos antigos (1998: 24).

2. La construcción mítica del mundo insular

Desde la historia de complementariedad escrita por Alberto Vieira (2015) hasta la más recientemente elaboración por parte de Juan Manuel Santana y Germán Santana de un relato de historias interconectadas de las islas atlánticas (2021), en las últimas décadas ha avivado el interés en el seno de las propias islas por elaborar una memoria común de la Macaronesia. Además, junto a estas reflexiones relativas a la construcción histórica del mundo insular, en los últimos años también ha florecido la necesidad de reconstruir los tradicionales puentes entre el imaginario del insular y la identidad de las islas. La interpretación planteada por Gillis (2004) sobre los vínculos entre cosmos isleño y la tangibilidad insular han impulsado novedosos diálogos entrelazados entre investigaciones interdisciplinarias. Estos coloquios han tenido como objetivo analizar y recuperar las vivencias surgidas de la insularidad con la finalidad de conocer los principios que rigen la identidad de los insulares (CHAVES 2017; 2020). Así, la definición de la identidad de las islas, real o legendaria, estaría supeditada a la identidad o identidades de los insulares.

Para ahondar en los orígenes de la construcción del mundo insular, debemos retrotraernos a los primeros cronistas e historiadores insulares, tesoreros del primer imaginario isleño. Hemos de tomar al historiador Viera y Clavijo como punto de partida.

En palabras de Guimerá Ravina, Viera y Clavijo es la

gran figura del pasado cultural de Canarias y adelantado de la moderna historia regional española. En ella [*Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*] Viera se ocupó del Atlántico y su influencia decisiva en la evolución histórica del archipiélago, desde la Antigüedad hasta el siglo XVIII (2017: 1).

La identidad insular es deudora de la obra de Viera y Clavijo, muchos de sus mitos e imaginarios arrancan de su Historia (SANTANA PÉREZ 2017: 3). Viera y Clavijo (1950: 41) conjuga la percepción de ser insular en el espacio Atlántico con la representación del mundo insular, pero no son pocos los historiadores y los filólogos macaronésicos que han jugado a reconstruir este imaginario a partir de las interpretaciones fabulosas acerca del pasado remoto y legendario de estos peñascos en el Atlántico.

En este sentido, María Rosa Alonso – filóloga y especialista en literatura insular de la temprana Edad Moderna – reescribe en 1953 el propio pasado insular a partir de su propia percepción isleña, desde su propia experiencia:

La isla más isla de todas las islas es la inaccesible, la isla a la que nunca se puede llegar [...] Tierra firme ha sido siempre tierra en serio, continente, y no esa angustia de trozos, fragmentos de verdad, que son las islas, nunca entrega, siempre engaño que acecha al hombre en alta mar (1953: 2).

Parte la autora en este ensayo del discurso y de las fuentes clásicas, de los viajes de Homero por el Mediterráneo, cuya leyenda desborda este charco, “un mar con orillas y términos”, para inundar el Atlántico donde “el mar Océano es otra cosa [...]”. Maravilloso y enorme plinto para fijar la isla más isla de todas” (ROSA ALONSO 1953: 2). Este cosmos marino está plagado de tantos mitos como islas se descubren sobre el mar. En este mundo aún hoy imaginado, el isleño, como la propia María Rosa Alonso, aún divisa en el horizonte el mito hecho real en la consciencia del colectivo: “¡Cómo no hablamos de buscarla en las Islas Afortunadas! Era la octava, la oveja descarriada del Archipiélago [...]” (ROSA ALONSO 1953: 2). Estas islas mágicas, bienaventuradas, como la de San Borondón (GILLIS 2004: 47), se gestan en el imaginario social a través de la tradición y las leyendas fabulosas, pero también de la experiencia y de los relatos de intrépidos viajeros que hacen de la leyenda una hazaña más cercana, más creíble, sirviendo de nexo y explicación entre el pasado clásico, de un mundo plagado de seres extraños y dioses enojados, y otro pasado más cercano, donde los protagonistas de los hechos no dejan de ser más que aventureros que gracias a la suerte o a la devoción llegan a tierras donde ningún otro privilegiado había conseguido arribar. La autora, ensayista e historiadora, reafirma la existencia de este mundo insular fabuloso insistiendo en el propio hecho histórico, apoyándose en fuentes no tan lejanas como, por ejemplo, las crónicas (NÚÑEZ DE LA PEÑA 1847: 9): “estuvo en ella el portugués Pedro Velo y Marcos Verde cuando volvió de Berbería” (ROSA ALONSO 1953: 2).

Una vez más, las islas están por encima del mito y de la ciencia, conformándose una única realidad: “en el mismo siglo [de las Luces] que iba a levantar un templo a la diosa Razón hay almas poéticas, estupendas, que lanzaban, tensas, las flechas del ensueño y de la fe, la creencia en un misterio que surgía del mar” (ROSA ALONSO 1953: 3). La isla se construye desde la propia percepción del insular y en contra de los parámetros que establece la ciencia. Las distancias y los tiempos son medidas independientes y autónomas para estos territorios. Así, el relato y el origen de las ínsulas se forjan desde sus propias entrañas y no

al revés. Se trata, por tanto, de un espacio sagrado y los mitos, su ejemplificación simbólica. Como sostiene la autora: “como los buenos mitos, también se ha hecho San Borondón nuestro símbolo” (ROSA ALONSO 1953: 2).

Este relato de María Rosa Alonso, en el que juega a construir un imaginario insular, responde a la propia experiencia de la autora. Como señala Diegues respecto a su misma vivencia en el prefacio de su libro:

passsei por outras ilhas mais paradisíacas, mais isoladas do continente, batidas pelo oceano, mais exóticas [...]. No entanto, nenhuma delas pôde comparar-se à minha ilha, a das recordações da infância, símbolo complexo com tantas significações (DIEGUES 1998: s.f.).

Esta experiencia adquirida por los insulares, como vemos, conlleva que éstos den forma a su propio entorno, colmando de significado su particular imaginario y plasmando de símbolos este cosmos que se conjuga a partir del mito. El ilustre americanista Francisco Morales Padrón también exploró este microcosmos buscando una interpretación acertada para las islas atlánticas a través de su condición de insular. En 1970 publicó un breve relato llamado *Siete islas para siete dioses* en el que sigue la estela de estos ensayos que procuran una reinterpretación del mundo insular, el origen de las islas y de sus habitantes, conciliando en esta teoría creacionista de las ínsulas el discurso científico y los elementos simbólicos y míticos. Este método de análisis pretende visionar a la Isla en toda su complejidad, pero sobre todo desde la percepción del individuo insular como descendiente de ella. En consecuencia, tanto su interpretación como su comprensión no derivan de parámetros únicamente científicos sino además de la empatía de los insulares con el medio. Este historiador, como ya lo hiciera Babcock y especialmente María Rosa Alonso, construye e ingenia un pasado imaginario pero verosímil, en cuanto es asimilado y compartido en la memoria colectiva de los insulares. En este particular, aproxima intencionalmente el mito y la realidad para cimentar el imaginario. En este sentido, al igual que sucedió en tiempos pasados con las crónicas (TORRIANI 1959: 22), aún hoy envuelve a las Islas cierta nostalgia hacia un pasado inexistente en hechos pero que pervive en la conciencia colectiva del insular como real, el origen maravilloso de las Islas.

El propio historiador nos habla: “[...] estas siete islas del Atlántico eran mellizas de las siete del Jónico, las de la «Ilíada»”. De vuelta a Homero y a la *Ilíada*. A la tradición clásica y, por tanto, ligada a las orillas del Mediterráneo. Sin embargo, el mito se desdibuja para situarse nuevamente sobre el maravilloso Atlántico y las islas que en ellas se elevan.

No olvidemos que se trata de una construcción literaria, reflejo de la simbología de un cosmos. Sin embargo, Morales Padrón, dentro de la fábula a la que está dando vida, procura la verosimilitud de lo que nos relata a través del empleo analítico que ya había utilizado Babcock y, principalmente, por medio del cotejo de lo acontecido con fuentes primarias que sustenten lo expuesto. Expresiones como: “Sobre esos principios giran grandes teorías”, “investigaciones posteriores” o “la tradición oral cuenta”, confieren al texto la cientificidad requerida para acreditar en el origen divino, clásico y atlantista de las Islas.

Por tanto, la cientificidad del mito constituye un sólido elemento que permite a este historiador, asimismo constructor de fábulas, justificar con total credibilidad el origen mítico de las Islas siendo sus actuales habitantes descendientes de aquellos afortunados hombres que compartieron estos peñascos con magnánimos dioses, de los que aprendieron el significado de la benevolencia y de la bondad. Cada isla, sin lugar a dudas:

fue un paraíso terrenal para aquellos dioses, que permitieron la vida a algunos hombres y toleraban que las almas de los buenos, muertos en Oriente, fuesen a morar con ellos. Afortunado era quien allí vivía y bienaventurado el que allí podía vivir [...] y como un lema turístico, entre fenicios, griegos, cartagineses y romanos corría el slogan: «Usted no ha nacido en Canarias, pero puede renacer en Canarias» (MORALES PADRÓN 1970: 12).

La divina fábula que nos relata acaba por desdibujarse al cruzar la frontera de lo imaginario con lo real, enlazando la trama legendaria con los inicios de la expansión europea. Como no podía ser de otra forma y, al igual que María Rosa Alonso, el nexo entre ambos tiempos es otro mito, otro símbolo inherente a la evocadora conciencia de los insulares:

Fue precisamente este dios navegante de La Gomera el que un buen día tropezó con algo que creyó era su isla amada. Luego vio que no, que era una inmensa ballena – la misma que llevó a Jonás en su vientre – sobre la que venían siete obispos cristianos [...]. Aquellos siete colonos medievales sustituyeron a los siete dioses paganos (MORALES PADRÓN 1970: 12).

A partir de este momento, Morales Padrón finalmente hace converger dos mundos aparentemente antagónicos, el fantástico y el terrenal. Con la llegada de los europeos y de la fe cristiana, desaparecen los benevolentes dioses y, con ellos, el carácter afortunado de las islas (AZNAR VALLEJO 2007: 175). A partir de entonces, sus habitantes primigenios “tuvieron que luchar contra la naturaleza

humana, contra la tierra para sacarle el fruto y contra los hombres de Europa, que, enterados del buen clima, invadían el archipiélago”. En contraposición, la llegada de los continentales supone la desaparición del alma que identifica al insular, de su espacio aislado, simbólico e imaginario. Los europeos, ansiosos de dominar las míticas islas del Atlántico, paradójicamente al engullirlas, convierten a éstas en un trozo de tierra más dentro de la ecúmene y, con ello, se esfuma el imaginario insular y desaparece cualquier resto de la Atlántida.

3. La unión histórica entre el universo insular y el mundo continental

Señalaba en 2005 el historiador Alberto Vieira que eran escasos los estudios acerca de las interrelaciones entre los archipiélagos del Atlántico Norte. Sin embargo, apuntaba también que desde los primeros cronistas e historiadores de las islas existió una percepción de vinculación entre estos distintos espacios insulares (VIEIRA 2005: 454). Las islas de la Macaronesia se convierten en enclaves estratégicos desde finales del siglo XV (VIEIRA 2001: 309). Son lugares de entrada y salida de gentes y productos. Son espacios dinámicos que actúan de puertas entre unas áreas y otras. Son islas de tránsito, cuya frontera es el permeable mar. Para los isleños, el nudo con el exterior, enérgico y relacionante pasa por los puertos y las playas. Esta estrecha franja de costa conecta el universo indomable, el inmenso océano, con el orden y la civilización tierra adentro. Como señala Diegues:

as praias significam ainda o perigo das invasões, o espaço da maresia, dos dejetos do mar e dos ares fétidos. [...] as ilhas com praias significavam o não-civilizado, o não-domesticado, domínio do selvagem, como sucede com a praia da ilha de Robinson Crusoe (1998: 182).

Converge en las islas, fruto de la maritimidad, la complementariedad entre los espacios insulares con el apoyo al sostenimiento de las principales rutas mercantiles, actuando aquéllas como enclaves estratégicos (VIEIRA 2006). A este respecto, las islas de la Macaronesia conformaban un terreno esencial para alimentar e impulsar la circulación transatlántica. Por ejemplo, para la Edad Moderna, la isla de Santiago era, en este contexto, un punto de almacenamiento de mercancías africanas (esclavos, cera, marfil, etc.) a la espera de ser reexportadas para otros destinos (Portugal, Castilla, Madeira, Canarias, Flandes, etc.), o inversamente, lugar de depósito temporal de productos de origen europeo (paños, caballos, bisutería, etc.), para ser posteriormente renviados a la costa

de Guinea (CORREIA E SILVA 1991: 199).

La transformación del medio insular por parte de los primeros colonos supuso los inicios de la explotación y del rendimiento de las tierras, lo que derivó en la revalorización de los espacios insulares, tanto por sus habitantes como por el reino. En el caso de Madeira, por ejemplo, la producción agrícola solucionó buena parte de las carencias del reino de Portugal. Además, durante el siglo XV, esta isla se convirtió en un enclave estratégico de avituallamiento de las carabelas que se aventuraban por la costa africana (VIEIRA 1988: 3). Como señala Schwartz (2010: 26), ya en la década de 1480 existía un comercio regular sustentado en el comercio de esclavos africanos con destino a las islas de Madeira y Canarias, donde las prósperas industrias azucareras requerían de esta mano de obra. Ciertamente, en estas islas el suelo y el clima favoreció la producción azucarera. Indica Stuart B. Schwartz (2010: 25), para el caso de Madeira, que esta isla no tardó en prosperar gracias a la inversión realizada tanto por portugueses como por genoveses o flamencos en los ingenios y en la compra de mano de obra esclava, tanto africana como aborigen canaria. Aquéllos europeos no solo se dedicaron a poner en explotación la caña de azúcar, sino que también se dedicaron a operaciones mercantiles y financieras.

El aprovechamiento económico del territorio y la situación estratégica de las islas en el Atlántico fue utilizado por foráneos de otros reinos para instalarse en ellas y así sacar el máximo provecho con una intervención directa en la explotación del espacio. Éstos, intervinieron tanto en la producción como en la comercialización de los géneros insulares. En el caso de Azores, llegaron como colonos madeirenses a la isla de San Miguel y flamencos a la de Faial (VIEIRA 1992: 59).

Indica Viña Brito (2012: 172) que “desde el año 1500 factores, es decir, agentes fijos, flamencos, se establecen temporalmente en Funchal y de allí pasarán a Canarias. Algunos de los factores documentados en la plaza de Madeira los encontramos también en Canarias”. Pero no solo se asientan los flamencos en Madeira o en Canarias. Recuerda la misma autora la relevancia de Jácome Bruges en Azores, a quien el Infante le encomendó la organización de Terceira (VIÑA 2012: 172).

Esta inquietud mercantilista interarchipiélagica de los forasteros se extendió en todos los espacios de la Macaronesia – con mayor o menor éxito – y puede ser entendida como uno de los principales elementos que ayudaron a gestar la complementariedad entre islas. Así, historiadores como Verlinden (1984) o el propio Vieira (2007), partiendo del abordaje de un sujeto histórico concreto – los flamencos – en cada uno de los espacios insulares, concluyeron que el marco de sus actuaciones desborda los límites de cada isla para trazar una

nueva frontera interarchipiélagica que constituye, consecuente, un espacio intra-atlántico mayor y, aparentemente, unitario. Del mismo modo, para el mismo espacio macaronésico pero estudiando otro sujeto – la comunidad hanseática –, Kellembenz (1990) construye un relato histórico común entre los archipiélagos sustentado en los vínculos interinsulares con los territorios de la Hansa.

Los europeos que se establecen en las islas traen consigo su propia cultura de sustento y su bagaje tecnológico. Como señala Vieira, procuran adaptar la dieta mediterránea y la forma de explotación europea de los recursos a los nuevos entornos insulares. Asimismo, Vieira concluye que Madeira y Azores ofrecieron mejores condiciones para el asentamiento de los portugueses que el archipiélago de Cabo Verde debido a las similitudes del clima de aquellas islas con el de Portugal continental. Por el contrario, en el archipiélago africano, los europeos sufrieron innumerables dificultades (VIEIRA 2001: 15).

No obstante, pese a los contratiempos iniciales, se articularon vínculos entre los distintos archipiélagos de la Macaronesia. Así, en una fecha tan temprana como 1482, D. Manuel recomendaba que se dieran facilidades a las embarcaciones que llegaban a Funchal procedentes de Azores y Cabo Verde (VIEIRA 2005: 458). Mas no era solo Madeira la que trataba con Cabo Verde, refiere Torrão (1995: 37) que, entre las embarcaciones originarias de otros lugares, destacaban las procedentes de Canarias. Subraya la historiadora que, sobre estos vínculos, “aquelas ilhas atlânticas tinham com Cabo Verde imensas relações comerciais, desde o século XVI, trocando-se escravos por vinho”. Precisamente, el caldo canario será a su vez uno de los productos reexportados para Guinea por parte de los habitantes de Santiago.

En el mismo sentido Vieira expone que Azores mantuvo relevantes contactos con el archipiélago caboverdiano y señala, como estudio de caso, el nombramiento de Simão Lopes de Almeida, juez ordinario en San Miguel, como capitán de la isla de Fogo. Sobre este traslado indica el historiador madeirense (2005: 468) que: “desconhecemos as motivações ou as circunstâncias em que muitos [...] outros açorianos se fixaram em Cabo Verde. Mas naturalmente que o atractivo do comércio terá pesado na decisão”. Efectivamente, los moradores del archipiélago caboverdiano llegaron a comunicar al Monarca, en relación a la productividad de su espacio insular, que no producían “nem pão, nem vinho, nem azeite, nem ferramentas, nem pano de vestir” (CABRAL 1991: 134). No obstante, la integración de estas islas en el comercio atlántico, principalmente de esclavos con Canarias, Madeira, Sevilla y, más tarde, a las Antillas y Brasil, permitió a los habitantes de Cabo Verde garantizarse el suministro de productos esenciales procedentes de otras regiones circundantes. Sin embargo, surgieron

graves temores entre los habitantes de Cabo Verde cuando la Corona portuguesa procuró instaurar un comercio directo de esclavos entre Guinea y Lisboa. Este cambio en el ordenamiento del comercio esclavista suponía la exclusión del archipiélago caboverdiano del principal derrotero atlántico y, en consecuencia, los habitantes de Santiago elevaron una súplica al Monarca en la que afirmaban que, con la alteración en la ruta tradicional, no podrían sobrevivir ya que no alcanzarían a recibir las mercancías llevadas por comerciantes de “Lisboa, Setúbal, Algarve, ilha da Madeira, Açores, Canárias e Castela” (TORRÃO 1991: 290).

Por tanto, la valorización de un espacio – en este caso las islas – no depende de su tamaño o su situación geográfica, incluso la importancia de la producción interna como producto mercantil hacia el exterior ha de ser matizada. El atractivo de ciertas islas, como las de la región macaronésica, es la capacidad de éstas para entrecruzar caminos distantes, redistribuir productos y favorecer los flujos migratorios. Como señala Correia e Silva, las islas en sí mismas no generan ninguna aportación en cuanto no están conectadas a otros espacios. Como en una partida de ajedrez, un peón puede tornarse esencial para la supervivencia del rey:

Lugares cujo valor e importância contrastam com a sua reduzida dimensão física ou a exiguidade das riquezas endógenas possuídas. Como num xadrez, o valor de uma peça depende menos das possibilidades que lhe são conferidas a priori, pelas regras, do que duma determinada configuração momentânea existente sobre o tabuleiro. Um mero peão pode assim tornar-se subitamente essencial à sobrevivência do rei, que é como quem diz, vital à reprodução de toda uma constelação económico-política. Mas num tabuleiro, como num complexo geoeconómico, as configurações alteram-se. Toda a estabilidade é precária. Um espaço desinteressante, pouco solicitado ontem, pode converter-se, quase de um dia para o outro, num efervescente centro de confluência para, de seguida, anos, décadas ou mesmo séculos depois, tornar-se num espaço decadente, em perda progressiva e acelerada de vitalidade económica, política ou cultural que tão intensamente albergara (CORREIA E SILVA 1995: 2).

Insiste Rodrigues (2012: 38) que “diferentes realidades e vivências político-administrativas, económicas e sociais espelhavam-se assim na coexistência de representações espaciais e de identidades diferentes”. El condicionamiento geográfico de la Macaronesia, como espacios fragmentados, reducidos y distantes, restringe el modelo de vida europeo que se establece en estas tierras, pero no lo limita ni altera en demasía. Solo lo adapta a las nuevas condiciones.

La población europea que ocupa y se asienta en las islas, reproducirá a escala menor los principios básicos del comportamiento europeo en sus vertientes económica, social y cultural. La estructuración de un mecanismo de vinculación entre islas basado en la complementariedad permitirá no solo el abastecimiento, sino la continuidad – y por tanto la eficacia – de la ocupación europea.

Para el análisis histórico, además, el *limes* costero – la frontera del espacio insular – es el área que actúa como nexo con el exterior. Lugar de circulación y de intercambio, pero no de producción (RUMEU DE ARMAS 1958: 622). Las ciudades portuarias son espacios especialmente dinámicos donde todo se cambia. Son enclaves que actúan como intermediarios entre el interior, agrario, y los mercados exteriores. Por tanto, los moradores de los emplazamientos portuarios – como el puerto de La Orotava en Tenerife, Funchal en Madeira o Angra en Terceira – no viven de la producción directa, pero sí de los intercambios de lo que en la isla fue producido por productos foráneos (VIEIRA 1992). De ahí que estos habitantes se dediquen en su mayoría al comercio, tanto al de gran escala como al del menudeo, así como a otros servicios ligados a este trasiego mercantil. Consecuentemente, son las gentes, vecinos y estantes, que llevan a la práctica esta comunicación entre el mundo insular y el exterior. En palabras de Herzog (2013: 163): “[The] mercantile activities greatly modified the meaning and extension of citizenship”. Este mutuo interés, del isleño por el abastecimiento exterior y el de los foráneos por controlar parte de los productos que llegan a esta escala marítima, dará lugar a la conformación de una sociedad mixta en estos puertos en el que el individuo exógeno será una pieza tan relevante como el nativo (HESPANHA 2019: 31).

Los que fraguan esta unión entre los dos mundos, el insular y el continental son los hombres de la mar. Una comunidad anfibia que conecta puertos y sociedades (VIEIRA 2010: 18). Estos individuos pasaban la mayor parte de sus vidas en el mar, lo que les permitió tener una visión diferente del espacio con que se relacionan. El comportamiento y el modelo organizativo del grupo de los marineros eran completamente diferentes al de otros colectivos. Las experiencias adquiridas a través de los contactos con otros pueblos y continentes eran infinitamente más amplias que las que tenían los campesinos, incluso que las poblaciones urbanas con pocas posibilidades de viajar. Las reglas de la vida en tierra, las advertencias del párroco local, el poder de las autoridades locales... importaban relativamente poco a los marineros que vivían sometidos a un aislamiento colectivo (DIEGUES 1998: 69).

Estas sociedades marítimas tienen su propia representación simbólica del territorio en el que viven. Este imaginario se construye, según la época, a partir de imágenes o símbolos referenciales, los cuales pueden ser diferentes

de los usados por las sociedades continentales. Incluso, en una misma sociedad insular, los nativos isleños poseen una visión distinta sobre el territorio de la que crean los forasteros que se asientan en ella – como los portugueses que llegan a Canarias durante la Unión Ibérica (ÁLVAREZ SANTOS 2019) – ya que emigran en una altura concreta de su vida y, por tanto, con precedentes cognitivos (DIEGUES 1998: 69). Ni siquiera los nacidos en otras islas llegan a diluirse completamente en otros espacios insulares ya que cada ínsula es un universo simbólico propio, construido a partir de sus propias referencias y afinidad con el medio. Así, por ejemplo, existen sociedades insulares – principalmente en grandes islas como Gran Bretaña, Australia o Japón – cuyos habitantes han olvidado o ignoren que vivan en una isla. Pero si aplicamos este principio de la transposición de un medio insular a otro aplicado a las islas del Atlántico – pensemos en madeirenses o azorianos en Canarias –, el bagaje cultural que incorporan estos isleños, aunque semejante, aún difiere en cuanto a la lengua, prácticas religiosas, etc. Pero, sobre todo, porque supone un proceso adaptativo que comienza por abandonar una comunidad o grupo parental homogéneo para establecerse, como individuos, en un entramado social diferente.

4. Las percepciones históricas del universo insular

En este imaginario insular existen algunos patrones o elementos recurrentes. Complejos referentes como la madre y el hijo asociados al mar y a la isla. María Rosa Alonso (1953: 2), en el citado texto *San Borondón a la vista*, atisba la feminidad, la relación materno-filial entre agua y tierra: “Isla supone presa y embrujo, sabor femenino, dádiva y escape”. Diegues (1998: 8), como sociólogo, incide y sugiere que el mar representa para los insulares el útero protector de la isla. Así lo verifica en numerosas leyendas y mitos en los que la presencia del mar y la isla aparecen como elementos simbólicos en la construcción del cosmos y en la génesis cultural.

Hay diferentes percepciones del universo insular. La propia composición geográfica debe corresponder a la percepción económica y, sobre todo, social. Como expone Rodrigues (2012: 34), algunos cronistas e historiadores de la Modernidad – como el propio Gaspar Frutuoso – mencionan que el archipiélago de las Azores está formado por siete islas y no nueve. En palabras del cronista y recogidas por el historiador azoriano: “en las siete islas de las Azores no hay mejor terreno” (Rodrigues 2012: 34). Las islas de Flores y Corvo, a pesar de ser mencionadas, están demasiado lejos del cosmos azoriano para ser incluidas

dentro del archipiélago. Por el contrario, introduce en su texto una cosmovisión más amplia del mundo insular. Incorpora en su descripción a Canarias y Cabo Verde. Por tanto, como indica Armas Núñez (2017), se intuye en el historiador azoriano una mirada compartida sobre los distintos archipiélagos. Constituye este cronista el paradigma de hombre “insular”, tal vez – como señala Vieira – de individuo “macaronésico” (VIEIRA 2008: 9).

Por su parte, Leonardo Torriani incluye a Madeira y Porto Santo, como otras islas, en su libro *Descripción e historia del reino de las islas Canarias*. Estas crónicas no hacen más que insistir en la construcción de un supra-archipiélago o región propia y articulada por los constantes flujos migratorios, la interdependencia mercantil y, en definitiva, la complementariedad entre espacios, que correspondería a la configuración de la Macaronesia (VIERA Y CLAVIJO 1950: 512).

Pocas décadas después del comienzo de la colonización de Madeira, a mediados del siglo XV, D. Henrique de Portugal procuró el dominio del archipiélago canario. De los deseos del Infante, como relata Viera y Clavijo, se aprovechó Maciot de Bethencourt:

La providencia [...], acababa de descubrir a los hombres, por medio de los portugueses, en 8 de julio de 1420, la frondosa isla de la Madera; y considerándola desde luego Maciot como un lugar de refugio en sus tribulaciones, determinó pasarse a ella con la esperanza de tener parte entre los que empezaban a poblarla con permiso del grande infante don Enrique (1950: 351).

Maciot de Bethencourt, sobrino y sucesor Jean de Bethencourt – primer conquistador de Canarias – vendió sus derechos a D. Henrique y se trasladó a Madeira. En aquella isla enlazó con la élite madeirense, así como sus descendientes con la azoriana. El historiador Abreu Galindo, en 1632, percibió estos incipientes vínculos entre las sociedades insulares macaronésicas, al destacar que:

[Maciot] acordó irse a vivir a la isla de la Madera; y allí se heredó y avecindó casando una hija única que tenía Doña María de Betancor, que no tuvo otro hijo legítimo con Ruy González Dacamara capitán de la isla de S. Miguel, hijo de D. Juan González Dacamara, primero Capitán de la isla de la Madera. Y esta señora Doña María de Betancor no tuvo hijos y heredaron su hacienda Enrique de Betancor y Gaspar de Betancor sobrinos de Mosen Maciot de Betancor cuyos herederos poseen hoy su hacienda y conservan en aquella isla el apellido de Betancor (GALINDO 1848: 61).

La cercanía geográfica entre archipiélago, y la lejanía de éstos de la Península Ibérica, encarriló los movimientos migratorios entre ambos archipiélagos. De esta manera, ratifican los primeros cronistas en su discurso la configuración una sociedad insular de la Macaronesia entrelazada desde sus orígenes.

Las islas son un espacio imaginado y mitificado, tanto por los insulares como por los forasteros; incluso los territorios insulares son espacios proclives a la construcción de fábulas y misterios por continentales que nunca han estado en ellas. Para los isleños, la isla se erige como un mundo en miniatura sobre el que se refleja una imagen completa y perfecta del cosmos. Un universo mitificado y cimentado sobre un valor casi sacramental. En las islas – como las que estamos analizando –, alejadas en diferente grado de las sociedades continentales, se crean y reconstruyen mitos fundacionales. Este discurso, esta visión propia e inherente del espacio insular, es utilizado por los isleños – como los de Canarias durante el Antiguo Régimen – para dirigirse al “otro”, al reino y su metrópoli. Las crónicas que hemos analizado no son más que un esfuerzo de hacer llegar a un Rey, distante, esta construcción del mundo insular proyectada por sus propios moradores. Las continuas misivas que envía el gobierno de la isla de Tenerife al Monarca son el intento de los órganos rectores insulares de transmitir un ideal insular, simbólico a la par que real de la conciencia del colectivo insular, que choca repetidamente con la percepción y el mito – y las exigencias surgidas de él – asimilado al otro lado del mar, en el continente europeo.

5. La composición de la sociedad macaronésica moderna

Todo individuo que no ha nacido en una isla es extranjero, un intruso. Consecuentemente, la construcción de la identidad insular pasa por la contraposición con el otro, el no insular. Una sociedad insular aislada – como la aborígen canaria preuropea – no tiene conciencia de la insularidad, mientras que el contacto con el exterior otorga a la conciencia del isleño su pertenencia a una isla y, por tanto, desarrolla una identidad insular. De esta forma, los fluidos contactos entre islas de la Macaronesia, complementarias y, más aún, dependientes durante la Unión Ibérica, potenció entre los isleños castellanos y portugueses más que un sentimiento de pertenencia a una monarquía ibérica supranacional (HESPANHA 2019: 37), una sensibilidad de pertenencia a una misma región insular conformada por una población lusa y española de origen extrapeninsular y cuyo nexo es la insularidad (HERZOG 2013:168).

Correia e Silva (1991: 234), además, profundiza en la definición de estos insulares según la temporalidad del establecimiento de las gentes en las islas.

Junto con los moradores nativos, distingue entre estantes e “instantes” según su relación temporal con el espacio insular. La designación de “instantes” se refiere a la parte de la población cuya fijación al territorio es extremadamente precaria y fluida, personas que se encuentran en las islas de tránsito hacia otras partes. Éstos son una parte importante de la población foránea que pasa por las islas, personas ligadas a la circulación atlántica y que dinamizan una red interdependiente de economías. Por el contrario, por estante se refiere a aquellos individuos que se instalan en las islas por un período de tiempo limitado, siendo éste predefinido o no.

La composición de la sociedad macaronésica moderna es el resultado de un proceso migratorio constante desde la ocupación europea (ELLIOTT 2001: 22). Para entender la constitución de esta población no basta con enunciar a los distintos colectivos de inmigrantes que arriban a las islas, ni siquiera con exponer las aportaciones de uno u otro grupo. Es necesario, en estas sociedades permeables y de frontera, como establece Fajardo Spínola (2009: 173) para el caso de Canarias, “[...] distinguir, ordenar y jerarquizar esas aportaciones, analizar el marco social, cultural e institucional [...] en que los inmigrantes se insertaban, y el modo en que lo hacían”.

En palabras de Diegues (1998: 97), esta sociedad que se conforma en las islas vive en un “nicho ecológico particular”. Es decir, la isla es a la comunidad lo que al continente es a la sociedad. El insular atraviesa fronteras y límites que no son percibidos por el continental, circunstancias que derivaban en estrategias particulares encaminadas a procurar el desarrollo – como la complementariedad entre las islas de la Macaronesia – y a dar solución a conflictos autóctonos en estos pequeños espacios. Para el que llega y se asienta puede suceder que la ínsula no sea ese espacio paradisiaco ni tenga esa proyección ficticia de otro mundo que había imaginado. Al fin y al cabo, la isla – como cualquier hogar – puede llegar a convertirse en un lugar frágil e inestable en donde tenga que desarrollar su vida cotidiana.

La transposición de un emigrante de un continente a una isla es un fenómeno complejo, aunque forme parte de un movimiento homogéneo de emigrantes. Como explica Godinho (1989: 1390), se produce un proceso de adaptación hasta con el propio paisaje que acaba por ser sentido de manera diferente; aunque persista la tendencia a continuar con viejas rutinas, hay que adaptarlas a situaciones nuevas. En palabras de Vieira:

From the 14th century the Peninsular Monarchs were to discover the islands of the Atlantic sand to embark on disputes for their colonisation. Heedless of this, the population, settled, created permanent bonds of family, relations and

interaction in the commercial field, thus defining mechanisms, complementarities, which were seldom understood by those who lived and still live on the mainland (2012: 134).

Señala Pietschmann que:

First it seems important, that both powers had acquired and settled all the Atlantic archipelagos situated comparatively close to Europe and Africa very early [...]. They became important intermediaries in the process of expansion and transatlantic shipping (2002: 15).

En el caso de islas del Atlántico, el hecho de pertenecer a los reinos peninsulares hizo que las sociedades insulares tuvieran una evolución diferente a la de los súbditos en otras partes de la Monarquía, con una cultura y un modo de vida europeo, pero que el distanciamiento con el continente – y de la metrópoli – abocó a las islas a una conformación social propia, articulada en la periferia y con unas características geográficas determinantes.

En palabras de Martínez Shaw:

Las islas tienen su propia singularidad, sus múltiples funciones específicas, pero al mismo tiempo las islas se insertan de lleno en el rico proceso no sólo de la configuración de un sistema atlántico, sino de la aparición de la primera mundialización o más aún, de una auténtica primera historia universal (2011: 819).

6. Consideraciones finales

Este análisis interpretativo de los mundos insulares, en especial en la historiografía europea, fue durante mucho tiempo marginado de los grandes procesos descriptivos. Las islas no pasaban de ser simples anécdotas – como el tamaño de ellas mismas – situadas en los límites de la civilización y, por tanto, en los márgenes de los principales debates históricos. Para la historiografía decimonónica, obnubilada por relatar las grandes historias y ensalzar a sus protagonistas, no había cabida para evocar en estos relatos a los pequeños espacios, más aún alejados de la Civilización. Las islas, en consecuencia, fueron relegadas a un segundo plano de la composición histórica. La ínsula, como sujeto de análisis, sucumbió ante un nuevo aislamiento.

Sin embargo, como señaló Braudel (1976: 203): “La gran historia, en efecto, pasa frecuentemente por las islas; acaso sería más justo, tal vez, decir que se

sirve de ellas”. Por el contrario, la búsqueda de la definición del mundo insular, a partir del propio imaginario de los insulares, constituye un tema de reflexión para la interpretación de estas sociedades, tanto para entender su origen y su cosmovisión, como para definir los parámetros que unen los espacios insulares con el exterior y, por consiguiente, con lo ajeno.

Fuentes impresas

- FRUTUOSO, Gaspar (2008). *As Saudades da Terra*, in A. Vieira (ed.). Funchal: Empresa Municipal “Funchal 500 Anos”.
- GALINDO, Abreu (1848). *Historia de la Conquista de las Siete Islas de Gran Canaria*. Santa Cruz de Tenerife: Ed. Isleña.
- NÚÑEZ DE LA PEÑA, Juan (1847). *Conquista y Antigüedades de las islas de la Gran Canaria*. Santa Cruz de Tenerife: Imprenta Isleña.
- TORRIANI, Leonardo (1959). *Descripción e historia del reino de las islas Canarias*, in A. Cioranescu (ed.). Santa Cruz de Tenerife: Ed. Goya.
- VIERA Y CLAVIJO, José (1942). *Diccionario de historia natural de las Islas Canarias*. Santa Cruz de Tenerife: Imprenta Valentín Sanz.

Bibliografía

- ÁLVAREZ SANTOS, Javier Luis (2019). *Identidad insular y espacio atlántico. Portugal y Tenerife en tiempos de la Unión Ibérica*. Madrid: Catarata.
- ARMAS NÚÑEZ, Daniel (2017). “Canarias-Cabo Verde a través de la mirada de Gaspar Frutuoso en Saudades da Terra”. *ACL Revista Literaria*, 10. <http://acrevistaliteraria.academiacanarialengua.org/canarias-cabo-verde-a-traves-de-la-mirada-de-gaspar-frutuoso-en-saudades-da-terra/> (consultado en 1 de junio de 2021).
- AZNAR VALLEJO, Eduardo (2007). “Del mar soñado al mar hollado. El redescubrimiento del océano”. *Cuadernos del CEMYR*, 15, 175-195.
- BABCOCK, William H. (1922). *Legendary islands of the Atlantic. A study in medieval geography*. Nueva York: American Geographical Society.
- BRAUDEL, Fernand (1976). *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*. Mexico DF: Fondo de Cultura Económica.
- CABRAL BALENO, Ilídio (1991). “Povoamento e formação da sociedade”, in M.E. Madeira Santos & L. Albuquerque (eds.), *História geral de Cabo Verde*, vol. I. Lisboa: Instituto de Investigação Científica Tropical, 125-178.

- CHAVES, Duarte Nuno (coord.) (2017). *Açores e Madeira: Percursos de Memória e Identidade*. Azores: Santa Casa da Misericórdia das Velas e CHAM-Centro de Humanidades.
- CHAVES, Duarte Nuno (coord.) (2020). *Questões de Identidade Insular na Macaronésia*. Azores: Santa Casa da Misericórdia das Velas & CHAM – Centro de Humanidades.
- CORREIA E SILVA, António (1991). “Espaço, ecologia e economia interna”, in M.E. Madeira Santos & L. Albuquerque (eds.), *História geral de Cabo Verde*, vol. I. Lisboa: Instituto de Investigação Científica Tropical, 179-236.
- CORREIA E SILVA, António (1995). “Cabo Verde e a geopolítica do Atlântico”, in M.E. Madeira Santos (ed.), *História geral de Cabo Verde*, vol. II. Lisboa: Instituto de Investigação Científica Tropical, 1-16.
- DIEGUES, António Carlos (1998). *Ilhas e Mares: Simbolismo e Imaginário*. São Paulo: Editora Hecitec.
- ELLIOTT, John H. (2001). *En búsqueda de la historia atlántica*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria.
- FAJARDO SPÍNOLA, Francisco (2009). “Inmigración e integración en Canarias en la Edad Moderna”, in J.A. Galván Tudela (ed.), *Migraciones e integración cultural*. Las Palmas de Gran Canaria: Academia Canaria de la Historia, 173-198.
- GARCÍA RAMOS, Juan Manuel (2002). *Atlantidad. Canarias y la comarca cultural atlántica*. Santa Cruz de Tenerife: Altasur ediciones.
- GILLIS, John R. (2004). *Islands of the Mind: How the Human Imagination Created the Atlantic World*. New York-Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- GODINHO, Vitorino Magalhães (1989). “As historiografias insulares: presente e futuro”, in *I Colóquio Internacional de História da Madeira (1986)*, vol. II. Funchal: Centro de Estudos de História do Atlântico, 1389-1398.
- GUIMERÁ RAVINA, Agustín (2017). “El mar en la obra histórica de Viera y Clavijo”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, 63, 1-13.
- HERZOG, Tamar (2013). “Merchants and Citizens. On the making and Un-making of merchants in early-modern Spain and Spanish America”. *Journal of european economic history*, 42, 137-164.
- HESPANHA. António Manuel (2019). *Filhos da Terra: Identidades Mestiças nos Confins da Expansão Portuguesa*. Lisboa: Tinta da China.
- KELLEMBENZ, Hermann (1990). “Relações comerciais da Madeira e dos Açores com Alemanha e Escandinávia”, in *II Colóquio Internacional de História da Madeira*. Funchal: Centro de Estudos de História do Atlântico, 99-113.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Marcos (2006). “Las Islas Afortunadas en la Edad Media”. *Cuadernos del CEMYR*, 14, 55-78.
- MARTÍNEZ SHAW, Carcos (2011). “La multifuncionalidad de las islas en la

- primera mundialización. El prestigio de las islas”. *Anuário do Centro de Estudos de História do Atlântico*, 3, 818-835.
- MORALES PADRÓN, Francisco (1970, 12, 30). “Siete islas para siete dioses”. *ABC Sevilla*, 12.
- PIETSCHMANN, Horst (2002). “Introduction: Atlantic History. History between European History and Global History”, in H. Pietschmann (ed.), *Atlantic History. History of the Atlantic System. 1580-1830*. Göttingen: Vandenhoeck&Ruprecht, 11-53.
- RODRIGUES, José Damião (2012). *Histórias Atlânticas: Os Açores na primeira modernidade*. Ponta Delgada: CHAM.
- ROSA ALONSO, María (1953). “San Borondón a la vista”. *Gánigo: Poesía y arte*, 4, 2-3.
- RUMEU DE ARMAS, Antonio (1958). “Crónica: Actividades del Patronato de la Casa de Colón”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, 4, 617-645.
- SANTANA PÉREZ, Juan Manuel (2017). “Viera y Clavijo: Historiador ilustrado del Atlántico”. *História da Historiografia*, 23, 43-63.
- SANTANA PÉREZ, Juan Manuel y SANTANA PÉREZ, Germán (2021). *Puertas en el Mar. Islas africanas atlánticas en el Antiguo Régimen*. Valencia: Tirant Lo Blanc.
- SCHWARTZ, Stuart B (2010). “A Economia do Império Português”, in F. Bethencourt y Diego Ramada Curto (dir.), *A expansão mairtíma portuguesa, 1400-1800*. Lisboa: Edições 70, 21-52.
- TORRÃO, Maria Manuel (1991). “Actividade comercial externa de Cabo Verde: organização, funcionamento, evolução”, in M.E. Madeira Santos & L. Albuquerque (eds.), *História geral de Cabo Verde*, vol. I. Lisboa: Instituto de Investigação Científica Tropical, 237-346.
- TORRÃO, Maria Manuel (1995). “Rotas comerciais, agentes económicos, meios de pagamento”, in M.E. Madeira Santos (ed.), *História geral de Cabo Verde*, vol. II. Lisboa: Instituto de Investigação Científica Tropical, 17-124.
- VERLINDEN, Charles (1984). “Le peuplement flamand aux Açores au XIVE siècle”, in *Os Açores e o Atlântico (séculos XIV-XVII)*. Angra do Heroísmo: Instituto Histórico da Ilha Terceira, 298-308
- VIEIRA, Alberto (1988). *A Madeira na rota dos descobrimentos e expansão Atlântica*. Lisboa: Instituto de Investigação Científica Tropical.
- VIEIRA, Alberto (1992). *Portugal y las islas del Atlántico*. Madrid: Mapfre.
- VIEIRA, Alberto (2001). “Las Islas y el mundo atlántico. 1580-1648”, in A. Béthencourt Massieu (ed.), *IV Centenario del ataque de Van der Does a las Palmas de Gran Canaria (1999)*. *Coloquio Internacional Canarias y el Atlántico, 1580-1648*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 309-347.

- VIEIRA, Alberto (2001). *A fortuna das afortunadas. Dados para uma análise comparada da História dos arquipélagos atlânticos nos séculos XV e XVI*. Funchal: Centro de Estudos de História do Atlântico.
- VIEIRA, Alberto (2005). “As Canárias: Uma experiência de ocupação mal sucedida?”, in Joel Serrão y A. H. de Oliveira Marques (dir.), *Nova História da expansão portuguesa*, vol. III, t. 1. Lisboa: Editorial Estampa, 36-57.
- VIEIRA, Alberto (2006). *Madeira y Canarias. Rutas de ida y vuelta*. Funchal: Centro de Estudos de História do Atlântico.
- VIEIRA, Alberto (2007). “Os flamengos e as ilhas portuguesas do Atlântico. Séculos XV-XVII”, in *Flandes y Canarias. Nuestros orígenes nórdicos*, vol. III. Tenerife: Centro de la Cultura Popular Canaria, 107-135.
- VIEIRA, Alberto (2012). “Reconstrução e desconstrução do mundo insular do Atlântico Oriental. Séculos XV e XVI”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, 58, 133-184.
- VIEIRA, Alberto (2015). “As ilhas atlânticas (Canárias, Madeira, Açores) como espaços de fronteira”. *Cadernos de divulgação do CEHA*, 7, 1-55.
- VINA BRITO, Ana (2012). “Los flamencos en Canarias en el siglo XVI: ¿Una comunidad extranjera? Especificidades en la isla de La Palma”. *Revista de Historia Canaria*, 194, 161-191.